

El rey del chorizo



EL REY DEL CHORIZO
JAVIER JIMÉNEZ CUADROS



PLATOON & BARTLEBY

PRIMERA EDICIÓN: octubre de 2025

© del texto, Javier Jiménez Cuadros, 2025

© Plasson e Bartleboom, S.L., 2025

Calle Aldea del Fresno 29, 6ºD

28045 Madrid

ISBN: 978-84-10483-28-6

DEPÓSITO LEGAL: M-19331-2025

CÓDIGO BIC: FA

DISEÑO DE COLECCIÓN: Daniel Mira

IMAGEN DE CUBIERTA: Mark Menjívar

MAQUETACIÓN: María O'Shea

CORRECCIÓN: Estela Gómez y Daniela Forero

IMPRESIÓN: Kadmos

El papel utilizado para la impresión de este libro ha sido fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones tratados con los más altos estándares de sostenibilidad, lo que garantiza una gestión de los recursos responsable con el medio ambiente y las personas.

IMPRESO EN ESPAÑA - PRINTED IN SPAIN

*A Irene,
que me robó un libro,
me regaló el mundo
y sigue esquivando conmigo los bordillos de la vida*

Así que apenas puedo recordar
qué fue de varios años de mi vida,
o adónde iba cuando desperté
y no me encontré solo.

JAIME GIL DE BIEDMA

Si tuviera tiempo, aprendería a pertenecer
y a quedarme.

YOLANDA SEGURA

Que siempre es tarde, siempre, para volver a casa.

JAVIER EGEA

UNO

Los grillos no saben nadar, pero a veces lo olvidan. A veces se los ve correr en el borde de una piscina o cerca de un charco o por el balate de una acequia. A veces saltan al agua y, justo cuando la tocan, empiezan a moverse como si estuvieran endemoniados. Luchan con todas sus fuerzas, se revuelven y tratan de seguir respirando, de seguir viviendo; de no extraviar, entre todo ese caos de agua y espuma, el finísimo hilo que los mantiene con vida. Lo he visto en internet muchas veces y no lo recomiendo. Es extraño, es desagradable, no tiene sentido. Al menos, a esa altura del vídeo.

Porque, acto seguido, mientras el grillo agoniza, mientras mueve sus patas de forma errática y exhala su último aliento, un gusano empieza a salir por la parte final de su tracto digestivo. Es decir, no hablamos de un despiste: la historia se complica, es más compleja de lo que parece. Siempre es más compleja de lo que parece.

Veréis: antes de que todo esto ocurriera, tuvieron que pasar muchas cosas. Tuvo que pasar la lluvia, el charco y la temperatura exacta; que un gusano adulto pusiera

huevos en el agua, que esos huevos eclosionaran en larvas y que esas larvas acabaran siendo la comida de un puñado de mosquitos. Tuvo que pasar que los mosquitos fueran mosquitos, que revolotearan, que se emborricharan con el néctar de las flores y que, cuando menos lo esperaran, agazapado tras una planta, les acechara un grillo. Nuestro grillo. Y tuvo que quedar al menos una larva, que creciera y creciera, que terminara por convertirse en un gusano. Uno que superara con facilidad los diez centímetros de largo. Uno que parasitara al grillo hasta que en algún momento empezara a encontrarse cansado y torpe, consumido sin saber muy bien por qué. Raro, extraño, ido.

Tuvo que pasar todo eso para que, apenas un rato después, cuando el gusano madurara y su reloj biológico le dijera que era hora de reproducirse, un chorro de proteínas empezara a interactuar con la maquinaria neurofisiológica del grillo y el insecto empezara a sentirse perdido, desorientado. Y, justo entonces, en su peor momento, cuando ya no sabía ni quién era, ni por qué estaba donde estaba... escuchara una voz que le decía que, en realidad, sí que sabía nadar.

Pienso mucho sobre esto. Sobre la libertad, sobre el sentido de la vida, sobre si los ingleses tendrán un gusano de esos metido por el culo.

A ver, reflexionemos: ¿qué otra explicación lógica se puede encontrar para que haya gente que viva en este cubo para las goteras que algún promotor inmobiliario desesperado decidió llamar «país»? ¿Por qué si no setenta

millones de personas iban a desarrollar una obsesión tan absurda y patológica por la meteorología? Es más, ¿qué otro motivo convincente puede haber para que un ser humano adulto considere razonable decir «oh, qué día tan maravilloso» si están cayendo sesenta litros por metro cuadrado? Solo uno: el gusano.

—¿Qué hora es?

—Mira, Costas, haz el favor de no tocarme los cojones.

Estábamos en el Forrester, sentados junto a la única cristalera que daba al mercado. Solo había una razón para permanecer allí a esas horas de la mañana: que estaba lloviendo, que llovía muchísimo. Dos árboles nos tapaban la vista directa, pero no había duda. El mercado parecía un campo de arroz, la Manga del Mar Menor, la plaza esa de Venecia cuando viene marea alta. Llovía a morir y el Griego me acababa de preguntar la hora. No habían pasado ni dos minutos desde la última vez que la había preguntado. Sí, podría parecer impaciencia, desesperación o demencia senil, pero eso es porque aún no conocéis al Griego.

—Dicen que esta tarde mejorará un poco —dijo Nell, porque era un cielo, detrás de la barra.

—Lo mismo que dijeron ayer y mira —respondió Costas antes de que me levantara y le gritara que lo que él quería era que me diera una embolia.

Y al verme allí de pie, con todos mirando, me fui al baño para no reconocer que me sacaba de mis casillas. No tenía ninguna gana, claro. Lo que quería erairme: alejarme del pub, de la ventana, de la plaza del mercado

y de sus dos dedos de agua. Pero en ese momento entraba Bertotti, empapado y sonriendo. ¡Sonriendo! «Las suaves lluvias de abril, Spiky», me dijo cuando nos cruzamos.

¿Veis lo que digo? ¿¡Qué suaves ni qué niño muerto! Pero si ni siquiera estábamos en abril... Están enfermos. Es la única explicación. Al principio no reparas en ello porque estás a otras cosas. Llegas al país y te ciegan los autobuses de dos pisos, las cabinas coloradas y el hecho de que tengan moqueta hasta en el cielo de boca. Ves a la gente y piensas que sí, que hacen cola incluso cuando están solos en la parada del autobús, pero en general parecen adultos funcionales.

Lo que pasa es que luego, un día cualquiera, caes en la cuenta de que siempre están sorprendiéndose por el tiempo. Y seamos sinceros: no hay nada llamativo, ni fascinante ni memorable en la meteorología de Inglaterra. Nada. Absolutamente nada. No hay monzones, ni estaciones secas. No hay rastro de huracanes, ni de grandes nevadas: es la normalidad más gris y anodina que te puedes echar a la cara. De hecho, ni siquiera llueve mucho. Desengañémonos. Es un mito, un bulo, un estereotipo. En Londres, cada año, cae más o menos la misma cantidad de agua que en Madrid. Es verdad que llueve muchas veces, pero eso sólo refuerza mi argumento.

Porque si vives en un país capaz de comprimir en veinticuatro horas todas las estaciones del año, donde llueve doce veces al día, donde el sol dura lo que el ámbar en los semáforos (y se repite las mismas veces) o donde la niebla es una parte más del mobiliario urbano, no puedes estar

siempre sorprendiéndote de ello. «Oh, llueve», dices. Pues claro que llueve. Lo raro sería que no lloviera.

Donde se ve realmente que hay algo que falla es en que, inmersos en ese mundo de ilusión en el que el décimo calabobos el día es una noticia de última hora, cuando llueve de verdad se bloquean. No saben qué hacer, ni qué decir; se ponen nerviosos, balbucean y acaban pronunciando frases como «las suaves lluvias de abril». Aunque no estuviéramos en abril ni hubiera manera humana de defender que eso que caía ahí fuera suave.

Unos meses antes de aquello, no sé si allí en el pub o en el mercado, alguien me explicó que en realidad a los ingleses no les interesaba el tiempo. Que sobreactuaban, que fingían interesarse, que exageraban porque en el fondo toda esa obsesión por la lluvia, el frío o la niebla va de que al británico medio le cuesta iniciar una conversación más que a los guardias de la Reina. La meteorología era, aunque nos costase verlo, el lenguaje inglés de la intimidad. Al fin y al cabo, hablamos de gente capaz de sentarse cada día a tu lado durante hora y media en el autobús y no hacerte ni un gesto con la cabeza, porque ese gesto podría llevar a una mueca y la mueca a una sonrisa y la sonrisa a un «hello» y el «hello», Dios no lo quiera, a una conversación de cortesía y totalmente insustancial. Y no, eso en Inglaterra sí que es una línea roja.

A mí me gustó esa explicación, pero el Griego, en su maldito afán de llevar la contraria, dijo que no era necesario recurrir a explicaciones psicológicas cuando hay un motivo (y uno muy bueno) para explicar por qué los

ingleses están obsesionados con la meteorología: que el tiempo británico es pequeño, peludo y suave; que hace que te confíes y te confías y, cuando menos te lo esperas, resulta que es un completo hijo de la gran puta. Este tiempo, decía con cara de estar viendo todos los frisos del Partenón, es inglés al fin y al cabo.

Lo que más odiaba de días como ese era tener que darle la razón al Griego.

—¿Qué le pasa a este? —preguntó Bertotti cuando le bufé y seguí mi camino al baño maldiciendo en arameo.

—Eso, cuenta, cuenta —pidió Nell en cuanto se cerró la puerta del baño.

No lo dijo muy fuerte: lo suficiente para que todos lo escucharan, sí; pero no tanto como para que nadie pensara que estaba siendo indiscreta. Que lo escuchara yo daba un poco igual. Las paredes del Forrester siempre han sido de cartón piedra, y no de uno especialmente bueno.

—No lo tengo confirmado —empezó a decir Costas—, pero mi teoría es que de pequeño se le resbaló a su madre y se dio con la barandilla de la cuna o con el borde de la bañera.

—¡¿Que qué le pasa hoy?!

—Le pasa que hoy es la cita. Bueno, era.

—¿Era?

—La cita es hoy, pero hace un rato lo ha llamado. Y entre que estábamos recogiendo a toda prisa y que ella no parecía tener cobertura, le ha mandado un mensaje diciéndole que en cuanto pudiera le llamaba, que era por la cita.

—Pobre, con la ilusión que le hacía —dijo Nell.

—Y la falta que le hace —dijo Bertotti.

—¡La falta que nos hace a todos! —Este fue el Griego—. ¿No le habéis visto la cara últimamente? Como no eche un buen...

—Costas, por favor —lo interrumpió Nell.

—¿Sois conscientes de que os estoy escuchando? —grité. Los cabrones se reían. Claro que eran conscientes.

—¿De verdad no pensáis que vaya a mejorar? —Salió al paso Nell.

—Ni idea —respondió Bertotti—, pero está cayendo una buena. Mientras guardaba los libros en el almacén dijo la radio que con la lluvia se ha interrumpido hasta el tren.

—¿Te pido una tila? —El Griego alzó la voz.

Y no me hubiera venido mal. Sobre todo porque allí, con los pantalones por los tobillos y la moral a la misma altura, empezó a sonar mi teléfono móvil. El mismo que me había dejado colgado en la silla, dentro del chaquetón.

—¿Lo estás escuchando? —volvió a gritar el Griego.

—Claro que lo estoy escuchando, en este baño se escucha todo. ¿Quién es?

—Espera. —Escuché cómo movía la silla y unos segundos más tarde—: ¿Lo-la? ¿Se dice así? ¿Lo cojo? ¿Qué le digo?

Os lo podéis imaginar: salté de la taza, me subí los pantalones e intenté abrir el pestillo con los dedos hechos un pudín de mantequilla. «No, no, tranquilo. Lo cojo yo», salí del baño a toda prisa, cogí el móvil, miré la pantalla, lo

miré a la cara y me cagué en todos sus muertos. Él se rio y les explicó a Nell, a Bertotti y al que quisiera escuchar lo nervioso que estaba. Como si hiciera falta.

Pero dije la palabra mágica («¡García!») y el Griego pasó inmediatamente a su otro gran tema de conversación: que Spiky era un desastre con patas, que enfocaba las ventas como el puto culo, que el puesto estaba completamente desaprovechado y supongo que media docena más de chorradas que pensaría de verdad, pero solo decía cuando quería sacarme de mis casillas. Digo que lo supongo porque yo, la verdad, no tenía el cuerpo para tanta tontería. Me puse el chaquetón y salí a la calle buscando la furgoneta de reparto.

La llamada no debía tener mucho misterio: García es uno de los pocos distribuidores de productos españoles de la zona y yo estaba esperando un pedido. Le pregunté que dónde estaba, le conté que con la lluvia nos habíamos refugiado y su respuesta puede resumirse en que me iba a joder de lo lindo.

García me llamaba para contarme que estaba todo inundado y que no solo no me iba a traer el pedido ese día, sino que teniendo en cuenta el caos que era media Inglaterra, no sabía cuándo podría entregarlo. Como el negocio no iba muy bien y el género había que pagarlo al contado, perder una entrega era casi equivalente a quedarme sin nada que vender. Me paré en seco en mitad de la calle y me di la vuelta: no había nada que recoger. Como no tenía ganas de entrar al pub de nuevo, pero el agua empezaba a calarme, me refugié en el

techadillo de la entrada. Tomé aire y procedí a maldecir a toda la estirpe de García de la forma más exhaustiva que pude.

Porque claro que estoy viendo la que está cayendo, le dije a voces, pero ¿qué coño quieres que haga? ¿Es culpa mía? No, no es culpa mía, pero el marrón sí que es mío, ¿verdad? Claro que sí. Porque yo también tengo pedidos, ¿sabes? Eventos, caterings... Cosas, García, coño: COSAS. Pero sí, vale, qué remedio me queda. Sólo te voy a pedir un favor, le dije, si es que es posible.

—Te voy a pedir que te vayas a la mierda y no tengas prisa en volver. Sí, sí. Y cuando te preguntes por qué la gente deja de comprarte, acuérdate de esto.

En algún momento de esa conversación, como me llevaban los demonios y el techadillo cubría lo justo, había entrado en el Forrester de nuevo. Por eso, cuando colgué de golpe y seguí insultando a García, levanté la mirada avergonzado por el espectáculo que debía de estar dando. Pero, en realidad, nadie me miraba. El Griego seguía hablando, pero nadie lo miraba a él tampoco. Nadie lo estaba escuchando. Ni Nell, ni Bertotti, nadie. Tenían un máster en no escucharlo. Es más, lo tenían en no escucharlo sin que se notara. Sin que lo notara Costas. Tenían años de práctica: asentían, miraban, sostenían el hilo de la conversación con dos dedos para que no se cayera en un descuido y, de vez en cuando, sonreían en respuesta al tono de voz del Griego. Hacían todo eso, pero la cabeza la tenían vete tú a saber en qué sitio. En el crucigrama del periódico, en si sustituir una llave

de cerveza o en si seguiría lloviendo el fin de semana. Era fascinante verlo.

—El problema es que el chaval se piensa que lo que vende son chorizos, ¡chorizos! —Fue lo primero que le entendí, no pude evitar poner los ojos en blanco.

—¿Pero cómo no me van a comprar chorizos? ¿Es que vendo frigoríficos y no me he enterado? ¿Soy visitador médico? ¿Marchante de arte? ¿Comercial de esas máquinas japonesas que hay para sexar pollos? Lo que hay que escuchar, tío. ¡Claro que me compran chorizos! Si es siempre lo mismo...

Siempre igual. Exactamente igual. Se plantaban delante del puesto con cara de estar resolviendo una ecuación de tercer grado y, tras unos minutos, me miraban y me decían «¿Choritso?». Y yo les explicaba que sí. Bueno, que no: que de todo lo que había, sólo dos eran chorizos (el dulce que no era dulce y el picante que sí picaba), el resto eran otros embutidos (salchichón, morcilla seca, fuet), quesos, bebidas o legumbres (arroz bomba, fabes, lentejas pardinas o garbanzos de Pedrosillo). Y galletas y pipas y tomate frito. Entonces ya no me miraban desorientados. Me miraban con desconfianza, a la defensiva. Como si los estuviera engañando.

Y yo me reía y les repetía que «chorizo», lo que se dice «chorizo», son «solo ese y este». Carne de cerdo y ajo y pimentón. Alguno lleva más especias, alguno lleva muchísimas especias; pero lo sustancial era: cerdo, ajo y pimentón. Mezclar, embutir y dejar secar, sí. Pero quédese con esta palabra: «pimentón». El salchichón, en cambio, era

cerdo, grasa y sal. Sin más: sólo eso, ¡todo eso! Y lo repetía quince o veinte veces cada mañana, ¿cómo que no vendía chorizo si es lo único que hacía?

—¿De verdad piensas que un viejo como yo, que tiene un hijo divorciado durmiendo en el sofá y cuatro nietos comiendo en casa al menos tres días por semana, puede mantenerse vendiendo aceitunas? —me cortó el Griego.

Yo no iba a dar mi brazo a torcer. No sólo porque no tenía razón, sino porque, además, era ridículo.

—Por el amor de Dios, Costas, que he visto tu coche. Que es una lata que matriculaste cuando la Reina estaba terminando el bachillerato y cualquiera que te escuche hablar se pensaría que eres el dueño del Chelsea.

Y él empezó a reírse y a decirme que no me enteraba. Que era increíble que fuera tan listo para algunas cosas y tan tonto para otras. Que les hablara del cerdo y de la grasa y de la sal, sí; pero que les dijera que el chorizo era una «ida y vuelta». Diles que no se descubrió América en 1492, Spiky, ni la descubrieron los vikingos quinientos años antes en el norte de Terranova. Diles que esos no fueron momentos estelares, que nada de eso cambió el mundo de arriba a abajo: diles que fueron tropiezos. América (y ojo a esto porque esta es la mercancía que les encanta a los ingleses) no se descubrió en las Bahamas, se descubrió en un valle de Exmetra... Extremed...

—Extremadura —le dije. Tenía delito que fuera capaz de decir Papadopoulos y no Extremadura.

—¡Eso! ¡Extremadura! América se descubrió el día en que un fraile plantó chiles en la huerta de un convento.

—¿Cómo es posible que sepas todo eso?

—Pues culturilla general, Spiky. Te piensas que soy un trasto viejo, un pobre hombre; pero este vejestorio sabe muy bien de lo que habla.

—Se lo han mirado sus nietos por internet —dijo Bertotti sin apartar la vista del crucigrama.

—Me lo han mirado mis nietos en internet, pero ese no es el tema. El tema es que no te están comprando un puñetero chorizo, ¡te están comprando una historia! ¡Hay gente que coge y se va una semanita a la playa en... no sé, Salamanca. Pues otros se compran un salchichón de Salamanca. Son de Salamanca, ¿no? Juega con el exotismo, con el orientalismo: eso somos nosotros, vosotros y todo lo que hay más allá del canal de la Mancha, orientales de mierda.

—El desayuno, Costas —le dije—, que se te va a enfriar. Tampoco te veo a ti vestido de Derviche para vender aceitunas.

—Te duele, eh, ¿veis cómo le duele? Porque sabe que es verdad. Es más, si no quieres hablar de Historia, pues no hables. Será por formas de hacerlo. Háblales de autenticidad, de los bocadillos en el patio del colegio, de las charlas de amigos picando queso sobre una tabla. Háblales de felicidad cortada en rodajas.

El Griego siguió hablando. Eso era lo que más le gustaba hacer: hablar, hablar y hablar. Hubiera sido capaz de plantarse frente a Jesucristo en el Gólgota y ponerse a criticar su estrategia de marketing. Así que hice lo único que se podía hacer en esas circunstancias: dejar de escu-

charlo. Dejar de escucharlo y reírme por dentro. Porque Costas podría instruirme sobre todas las cosas que yo no sabía (y eran muchas, según él, tantas que la lista entera tendría dieciocho tomos y otro de actualización cada dos años), pero había algo que ni sabía ni podía intuir: que no me gustaba el chorizo.

No lo odiaba ni nada parecido. Sencillamente no estábamos hechos el uno para el otro. Y, como sabía que podía sonar raro en alguien que, en fin, se dedicaba a vender chorizo (y a alimentarse de todo lo que no podía vender), no lo decía. Pero eso no quitaba que todo aquello fuera una victoria: Costas y el resto creían que había algo así como mariposas con alas de chorizo pamplonica revoloteándose en el estómago. ¿Era o no era un buen vendedor?

El Griego, por supuesto, seguía hablando.

—Pero vamos a ver, Costas. —Nell intentó sacarlo del bucle—. Si acaba de decir que tiene eventos, caterings, clientes...

Buen intento, pensé; pero no iba a ser tan fácil. El Griego primero se sonrió, luego empezó a reírse muy bajito y casi se cae de la silla del brote de risa. Las carcajadas eran tan escandalosas y a la vez tan genuinas que la gente empezó a girarse para ver qué pasaba. Pero él siguió jaja y jaja durante lo que me parecieron veinte minutos, aunque seguramente no fueron más de treinta segundos. Estoy convencido de que hasta se le saltaron las lágrimas. Y, cuando se calmó, miró a Nell y dijo:

—Ah, pero ¿es que a ti te ha engañado? ¡Que va a tener clientes!